

MÉXICO ANTE UN DOBLE RETO: RECUPERAR EL CARÁCTER ENDÓGENO DE SU DESARROLLO Y TORNARLO SUSTENTABLE

Eliezer Morales Aragón¹

D. Planteamiento del problema y objetivos:

El desarrollo sustentable se ha convertido, por necesidad imperativa y derecho propio, en la característica indispensable de cualquier forma de desarrollo contemporáneo imaginable. Para nosotros, las formas de explotación de los recursos naturales totalmente insustentables deberán ser sustituidos por aquellas que garanticen, así sea mínimamente, un uso moderado y por ello éticamente trascendente. Esta aseveración tan sencilla debiera constituirse para todos en un mandato, exigencia inapelable que nos toca a todos y obliga al Estado y el gobierno a actuar sin demora.

Se puede afirmar, casi sin temor de incurrir en exageración, que cualquier proceso humano ha tenido como signo distintivo el deterioro y la degradación: la depredación extrema. Sin embargo, esto no ha sido siempre así. Fue necesario que se produjera un crecimiento explosivo de la población para que esto tenga hoy el tono de urgencia que conocemos. Pero no sólo eso, también se encuentran los prodigiosos recursos técnicos que detonaron una nueva forma de vida para todo el género humano. En alrededor de apenas un poco más de 50 años el, ya de por sí agresivo, perfil de la tecnología potenció su presencia con renovados bríos, con capacidades multiplicadas en prácticamente todos los rincones de la biosfera.

Casi al arrancar el último medio siglo, y recién se restañaban las heridas de la conflagración bélica más destructiva y sangrienta de la historia humana, se desató la “tercera ola” de la revolución industrial que literalmente barrió las viejas tecnologías, puso a la orden el uso de nuevos materiales, aparecieron las industrias ligeras y se aceleró en escala astronómica el uso de los combustibles fósiles. Más tarde nos han asaltado las tecnologías de la información y el conocimiento (TICs) con un desarrollo casi mágico en el campo de la informática. Muy poco de lo preexistente ha sobrevivido.

Hemos reservado para el tercer lugar lo que viene a ser el núcleo duro de la falta de sustentabilidad. En sus dos expresiones más características: el deterioro acelerado del

¹ Licenciado en Economía por la Facultad de Economía, de la Universidad Nacional Autónoma de México. Profesor de Tiempo Completo, Titular “B”, Definitivo de la Facultad de Economía– UNAM. Teléfono: 1315 8120, e-mail: eliezermorales@prodigy.net.mx

medio ambiente en algunas de sus manifestaciones más agudas y difundidas se ubican en la en escala a nivel mundial. Así como el uso más que irracional de los recursos de la biosfera en todas sus magnitudes y con las ya muy visibles mermas y deterioros a los hábitats, cadenas tróficas y las consecuentes desapariciones de flora y fauna. Todo lo descrito tiene un origen social al cual debe hacerse mérito para identificar, de manera menos, incompleta éstos problemas. Hacerlos recaer en las intrincadas y endurecidas relaciones sociales es algo nada menor y, por el contrario, plantea la necesidad de repensar todas las cuestiones.

En el caso de México, plantear el desarrollo endógeno y sustentable significa visualizar el doble reto implícito en las dos expresiones. En las condiciones actuales de recomposición global, acompañada del rescate de la sustentabilidad, requiere plantearse una ardua tarea de crítica ideológica y, al tiempo, el rescate otorgando un contenido al desarrollo sustentable; esta es una de las utopías más valiosas heredadas del siglo XX y que, precisamente por su carácter utópico, es necesario perseguir con toda energía. En el caso de nuestro país, como en el resto del mundo, asemeja y es una tarea que, por su aparente imposibilidad, resulta irrenunciable.

Uno de los objetivos de esta disertación es el mostrar que con desigualdades, y sin ellas, el proceso económico del país ha sido, y por un tiempo previsible por venir, carece y carecerá de sustentabilidad. A los antecedentes citados, tal como muestra experiencia e información, por lo demás profusa, sobre el tema nos lo indican, la previsión pesimista, es la expectativa más que probable bastante segura. Nada para tonificar nuestro optimismo. Los análisis y las prevenciones menudean, las advertencias abundan y las noticias, provenientes de los cuatro puntos cardinales, no sólo de nuestro país sino de todo el globo parecen corroborarnos que, paso a paso, las noticias dejan de ser alarmistas para tornarse en simplemente sintomáticas. Todo va un una sola dirección. Con diversos tonos de urgencia, la gran variedad de factores se polarizan, sin excepción en una sola dirección: a pasos que más bien parecen cataratas imparables, los problemas con la escasez o agotamiento de los recursos y los daños a la biosfera se multiplican.

Producción y sustentabilidad.

En los orígenes de la economía como actividad reflexiva y, por tanto, sistemática los fundadores de la profesión, los fisiócratas se plantearon la necesidad de basar la actividad productiva en la producción agrícola y pecuaria. Desde luego, se trataba de un abordaje hoy arcaico, pero que da cuenta de la única visión sustentable registrada, allá a mediados del siglo XVIII. Ese es un mero antecedente. Sin embargo, un personero muy prominente de la economía ecológica contemporánea, José Manuel Naredo, ha realizado esfuerzos para reconciliar ahora, a principios del siglo XXI el funcionamiento de la economía con la sustentabilidad. Es, precisamente, en la producción y también en la forma de medir al crecimiento el punto de arranque para fundar la falta de sustentabilidad que, válidamente, se le atribuye a la economía. Por ello, en lo que sigue, presentamos *in extenso* el desarrollo del análisis de este autor.

José Manuel Naredo (2006) establece una relación de carácter histórico analítico entre los conceptos de producción, por cierto, generados desde el siglo XVIII y la sustentabilidad que, como sabemos, es de nuevo cuño. Este autor desarrolla una argumentación que remonta a los orígenes de la economía como disciplina, reflexión sistemática que hace llegar a los fisiócratas y de manera más particular a Quesnay. La óptica analítica de Naredo la desgrana examinando varios conceptos fundamentales de la fisiocracia, entre los cuales pone de relieve algunas de las hipótesis de esta escuela, destacadamente, las relativas a la idea de producción que, en este caso se encuentra muy vinculada con la capacidad reproductiva de la tierra, que es como se sabe la fuente única capaz de proveer bienes para el bienestar humano: Naredo (*op.cit* p.5) acota: "Quesnay el más destacado de los economistas de la época, proponía como objeto de la moderna economía 'acrecentar las riquezas renacientes sin menoscabo de los bienes fondo' (entre los que figura sobre todo la capacidad generadora de la madre tierra). Producir para este autor no era simplemente '*revender con beneficio*', sino contribuir al aumento de esas riquezas renacientes (o renovables, diríamos hoy) dando lugar a un producto neto físico- por ejemplo, se podía plantar un grano de trigo y obtener una espiga con muchos granos- expresable también en términos monetarios". Desde luego una de las ideas centrales de la fisiocracia reside en asentar lo fundamental de sus tesis en la capacidad de la naturaleza de acrecentarse a partir de los llamados "bienes renacientes" o renovables, como acota Naredo. El otro criterio capital esta distinción de los anteriores con los "bienes fondo" los cuales, no pueden ser objeto de deterioro. Se introduce así un concepto capital que primero fue hecho a un lado y, posteriormente olvidado, en casi todas las reflexiones y premisas epistemológicas de la disciplina económica. Esta veta naturalista

reducida o de plano, olvidada y negada mas tarde fue el principio de la senda que separo a poco andar a la economía de la ecología, hecho que hasta el presente continúa, por lo menos en lo básico y la hoy innegable necesidad de encontrar la forma de "puentear" entre ambas. Esto solo puede realizarse muy precariamente y a costa de aceptar lo intocables que resultan las ciudadelas epistemológicas y metodológicas del "main stream" de la disciplina. Operación que resulta sumamente problemática y con saldos muy magros. Pero nos hemos adelantado mucho en este trayecto y debemos reconstruir nuestra ruta.

La separación primero y la divergencia posterior entre la economía y la ecología recorrió un largo trayecto al grado tal que es necesario realizar una paciente labor reconstructiva para lograrlo primero y entenderla después. Seguramente una de las ideas mas explosivas en el arsenal de la economía, que de por si debiera examinarse con muchas reservas, es el concepto de crecimiento. Esta idea obviamente percibida y aprobada por los fisiócratas se traslado cada vez mas claramente a los bienes fondo o no renovables como, insistimos, los identificamos ahora. Como se ha señalado, la fisiocracia tuvo siempre una gran reserva en cuanto a tocar los bienes fondo, de modo que se trata de un tránsito convertido en viraje profundo de carácter epistemológico. Como quiera que sea, esta etiqueta distintiva se perdió a muy poco andar, porque los procesos de transformación productiva suplantaron primero y arrollaron de inmediato a la idílica e ingenua y, por ello insostenible, armazón fisiocrática de un crecimiento que se mantuviese confinado a los bienes renacientes, sin ofender o degradar a los bienes fondo, "no renovables". Nada fue mas natural en el "siglo de las luces" que la enorme pujanza del ser humano se expresase también en su recién descubierta y entendida potencia para poner a su disposición los bienes materiales que hacen, cada vez mas humanas, sus condiciones de vida. Parecía y era una emancipación de un mundo de necesidad que a lo largo de toda su historia lo había mantenido en dependencia.

En rigor esta referencia de Naredo (2006) es certera y también tiene mucho de paradójico. El desarrollo intelectual que condujo finalmente a la formación de la economía como reflexión organizada no era otra cosa que un prolegómeno de la gran vitalidad del desarrollo capitalista. El punto de vista de este trayecto viene a ser de un optimismo extremo pero inevitable, aunque sus consecuencias negativas, debemos reconocer, para tratar de paliarlas y enmendarlas hora. Se esta hablando de la gran ola histórica del nacimiento del capitalismo que se expresó en el iluminismo dieciochesco y que tuvo también entre otras consecuencias

fundamentales la aparición de la gran marea demográfica en la que aun estamos inmersos. Esto implica concebir el nacimiento de la Economía Política como parte de un fenómeno histórico, que en tanto necesario, no podía menos que expresarse de ese modo. En todo caso, así fue.

Lo anterior significa concebir a la fisiocracia como el cascarón intelectual en el proceso de creación de la Economía Política. De este modo, los puntos de vista posteriores se constituyeron en la carcaza de la actual Economía. Precisamente, uno de los afanes de la futura Economía Ecológica reside en plantear la necesidad de recobrar a plenitud la noción de la finitud de nuestro entorno, biótico por excelencia incluido en este imperativo la improrrogable misión de salvaguardar las condiciones de medio ambiente, para designarlo de este modo. A partir de este reconocimiento, los hitos marcados por el desarrollo ideológico intelectual de cada momento han proporcionado, vertiente crítica marxista incluida, el entramado que hoy nos obliga a señalar las rectificaciones que la preocupante degradación de nuestra biosfera hace imprescindible.

Este planteamiento del trayecto necesario no obvia, sin embargo, la necesidad de reconocer que en una sociedad articulada por el intercambio el uso del patrón monetario como mecanismo de mediación, es imprescindible y de momento insustituible. Esta necesidad debe verse como extrema y reflexionarse como tal. En la actualidad puede visualizarse este hecho como una cama de Procusto de carácter intelectual ya que muchas de nuestras realidades en el ámbito del uso de la naturaleza demandan una reconsideración. O sea, no todo puede ser reducido a una contabilidad monetaria, con todo lo imperativo que una economía capitalista impone, este patrón no debiera ser imprescindible. Los ejemplos menudean, los recursos naturales no renovables ni pueden ser motivo de contabilización de acuerdo con la regla Hotelling, reduccionismo grotesco que habla mas de la mentalidad de quien lo formuló y utiliza que del servicio que presta. El PIB, su concepción y utilización es otro ejemplo eminente de despropósito. A pesar de que, de momento, no parece haber alternativas de amplia aceptación, es muy importante reflexionar seriamente sobre esto y, por ello habrá que abundar.

La otra vertiente de esta reflexión debe ocuparse de un asunto muy relevante: la tecnología. Como parte del núcleo duro de la revolución industrial, la innovación técnica inicio en el siglo XVIII una carrera que aun continua. El fenómeno tiene como ángulo relevante la utilización,

por primera vez en la historia, de artificios creados por el hombre que iniciaron el uso de fuerzas como el vapor. Esto inicio la forja de un patrón energético fundado en la extracción de los combustibles fósiles, lo que se prolonga hasta nuestros días. El caso es que se trata, como cualquiera puede apreciarlo de la que seguramente, es una de las más poderosas palancas de transformación humana: un paso gigantesco que abrió la ruta para la producción industrial. El uso del carbón, del hierro primero y del acero después y la utilización polivalente del vapor aplicado como fuerza impulsora en las primeras etapas de la manufactura primero y muy poco después al transporte ferroviario y marítimo dan una idea clara de como Inglaterra se transformo en lo que coloquialmente se designo como "el taller del mundo". Esto fue fundamental pero se trató solo del principio de un proceso cuyas raíces económicas, políticas y sociales hoy son infinitamente más vasto y trascendente.

Volviendo al principio de esta argumentación, las ideas de la fisiocracia respecto a los medios renacientes como fuente de riqueza y bienestar humanos quedó sepultado y únicamente sobrevive como antecedente histórico conceptualmente valioso. Desde el arranque el pensamiento fisiocrático padeció una limitación fundamental: no incluir dentro de sus conceptos de producción ni la transformación de los productos agrícolas y pecuarios y tampoco el otro impacto sin el cual el mundo moderno no es concebible: la disposición irrestricta de los recursos no renovables y dentro de ellos el uso de los hidrocarburos y el gas como combustibles.

Debe insistirse en que la vertiente de la revolución industrial, fruto de un desarrollo científico e intelectual así como participe de una liberación de las conciencias, debe ser adicionada para entenderla a cabalidad, con un acusado incremento de la población. Pero esto no se comprendería del todo sino se registra el cambio radical observable en el conjunto de las relaciones sociales que comprendieron lo mismo masivos desplazamientos humanos del campo a la ciudad que fueron veneros, a su vez, de grandes cantidades de asalariados. Todas estas mutaciones se realizaron en Inglaterra primero, en Alemania y Francia enseguida, aunque esta última, no sin antes haber vivido su transformación revolucionaria de fines del siglo XVIII. Cada uno de estos países tuvo sus trayectos pero todos operaron en realidad en la misma dirección.

Cabe ahora tocar otros tópicos nodales que se vinculan o inciden en el desarrollo o en torno a la sustentabilidad o desarrollo sustentable.

Una variable crucial: la demográfica.

No puede hablarse con propiedad de los trayectos de la nación y del mundo sin tener que referirse a la población como determinante esencial de los caminos que han recorrido en las dos últimas centurias, particularmente en el siglo XX. Este último, nuestro “siglo sangriento” pese a haberse caracterizado por innumerables hecatombes, lo podemos visualizar como el del crecimiento exponencial de los seres humanos. El crecimiento en sí fue sumamente acelerado a lo largo de todos los cien años. Aún si restringimos esta retrospectiva a solo el siglo XX, Wolfgang Lutz (1998) nos dice que en 1900 existían 1,700 millones de habitantes en el planeta; en el borde del siglo XXI ya se arribaba a 6,000 millones y que la proyección es de entre 10 y 11 mil millones para mediados de este siglo. Aquí tenemos cumplida a cabalidad, pero sólo por mitad, la previsión de Malthus porque en una de las paradojas más lacerantes se dan dos hechos: el primero de ellos es que la producción de alimentos, lejos de quedarse atrás como lo preveía el reverendo Malthus, arquetipo del pesimismo y hasta del catastrofismo, el incremento en la producción de alimentos no ha cesado, por el contrario se ha elevado casi exponencialmente. Pero esto, a su vez, no es más que una parte de la historia porque la economía política que hoy padece el mundo ha impuesto que, en el colmo de la infamia, se produzcan en paralelos los horrendos *slums* de miseria, los abismos cada vez más insondables de la desigualdad y, finalmente, aunque no es todo, las hambrunas en África, Asia y Latinoamérica. Todo en uno.

Pero aún no hemos recorrido la ruta. Sólo hemos enfocado el trayecto. Existe un fenómeno que todavía está a la espera de un rótulo afortunado. Se trata de la proliferación, particularmente típico de los países eufemísticamente llamados “en desarrollo”, de grandes conglomerados que debemos resistirnos a designar como “ciudades”. La descripción tiene algunos elementos que deben mencionarse por separado. Apenas rebasa la cifra mítica de los 6 mil millones de seres humano, la Organización de las Naciones Unidas anunció que a partir de ahora, la mayoría de la población habita núcleos urbanos. Nada sorprendente, si se cae en cuenta que la tendencia de las últimas décadas señalaba claramente esta tendencia. Uno de los ángulos más llamativos de este hecho es la multiplicación de núcleos ciudadanos. Mike Davis (2004) comenta que aún los pronósticos “malthusianos del Club de Roma se quedaron cortos en sus vaticinios pesimistas” y acota “En 1950 había 86 ciudades en el mundo con una población superior a un millón; hoy existen 400 y para 2015 habrá 550. Las ciudades, de hecho, han absorbido cerca de las dos terceras partes de la explosión

poblacional desde 1950". Este autor acota que los 3,200 millones que hoy pueblan las ciudades del mundo son una cifra superior a la que tenía el planeta en 1960. Por último en este rubro, prevé que para mediados del siglo actual se habrá alcanzado el nivel de 10,000 millones de habitantes.

Como puede observarse, el ángulo sobresaliente es el del incremento acelerado de la población y, como derivado fundamental, el crecimiento acelerado de las ciudades, pero no en sentido genera sino un fenómeno específico del mundo en "no-desarrollo". Esto es algo a lo que hay que referirse. Se trata del poverío que Mike Davis plantea como *planet of slums*. Como se recordará, el desarrollo urbano fue un fruto orgánico de la revolución industrial primero y del crecimiento y de la industria y los servicios más tarde. Lo que sostiene Davis es que este fenómeno de "hiperurbanización" pero que se encuentra todavía en espera de una designación más adecuada, es algo distinto. La podemos definir provisionalmente como una "metástasis demográfica", de una magnitud enorme y de una trascendencia a futuro más importante todavía. Davis nos dice: "... el surgimiento de nuevas megaciudades con más de 20 millones de habitantes (la población urbana del mundo estimada en la época de la revolución francesa)" y agrega exceptuando a Tokio que en 1995 se ubicó por arriba de la cota de 10 millones. Esto último a partir de la ruta clásica del crecimiento. Hecha esta salvedad, la predicción es casi dantesca. Para 2025 y, refiriéndose sólo a Asia, las superurbes apuntan a Yakarta y Dhaka con 25 millones cada una de ellas, Karachi con 26.5; Shanghai, que había sido contenida en el aumento poblacional en la época del maoísmo, alcanzará 27 millones. Pero los señalamientos de Davis no requieren proyectarnos tan lejos en el tiempo y la distancia. Aunque se nos ilustra de una situación de carácter mundial, la verdad es que cuando nos referimos a los países pobres de cualquier latitud, lo mismo América Latina que África o Asia, puede ofrecernos ejemplos relevantes y podemos tener a la vista y en la memoria una lista impresionante entre las cuales se encuentran: Lagos, Nairobi, Dakar, Tijuana, Sao Paulo, la Ciudad de México y su zona metropolitana, y Río de Janeiro. Probablemente la única nota consoladora en este tema es que no se trata, no podría serlo, de algo desconocido, ya que muchos estudiosos han puesto su atención en esta cuestión. Sin embargo, que el interés más o menos académico trascienda a las políticas públicas y los programas parece más bien lejano.

Como quiera que sea, estas muchedumbres, auténticos hacinamientos, gigantescos arrabales inenarrables no constituyen como solía suceder en ejemplos previos, elementos

seminales de carácter orgánico, a fin de cuentas subproductos de un desarrollo capitalista capaz de generar auténticas constelaciones urbanas que formaron al paso del tiempo “cinturones” o “corredores” que tuvieron su razón de ser en el contexto de carácter orgánico y por ende fueron eslabones del desarrollo, si no integral, si ampliamente justificado en cuanto a su necesidad, a su carácter funcional. En otras palabras, la dinámica capitalista condujo a la constitución de ciudades primero y urbes después acompañadas de una cohorte, auténtico coro satelital que formó parte del proceso como un todo. La idea central entonces reside en afirmar que esta novedosa “hiperurbanización” del no-desarrollo no es el resultado de un proceso que de momento no puede ser calificado como de largo plazo ya que, salvo excepciones, no existe traza o trazas de vigorosos impulsos transformadores, aún de carácter capitalista, que les den organicidad. Aún el caso chino, con sus más que espectaculares tasas de crecimiento que pueden presentar los ejemplos de Pearl River con Hong Kong como divisa, o Shanghai con su impactante río Yangtze, finalmente el corredor de Beijing-Tianjin pueden sentirse a salvo de caer en el síndrome de las megaurbes informes. En todo caso, esto se encuentra por verse.

Estamos hablando de un gran lienzo y, a fin de cuentas, el propósito es saber o ubicar el caso de México en este contexto. O sea, saber cómo caracterizamos el caso de nuestro país que comparte con el resto del mundo algunos rasgos que les resultan comunes. El primero es el que concierne a su acelerado crecimiento poblacional que se multiplicó por cinco entre 1940 y 2000, o por siete si nos remontamos a principios del siglo XX. Pero esto no es todo, al igual que otros países que han visto la multiplicación de sus poblaciones, en despecho de las peripecias de su crecimiento, singularmente desde principios de los ochenta en que se debilitó primero y languideció después la tasa de crecimiento del PIB. La urbanización, por lo menos en su acepción tradicional, se ha venido incrementando con la misma tendencia del crecimiento poblacional. En otras palabras, el incremento absoluto de la población se ha correspondido, casi paso a paso, con los aumentos en la población de las ciudades. Todo al tiempo que la población rural se ha modificado muy poco; el resultado es la mayor importancia relativa de los núcleos urbanos y una declinación de los rurales. Todo esto, retirémoslo, mientras el crecimiento de la economía marcha de manera vacilante en el mejor de los casos, y no existen elementos explicativos de este reforzamiento continuo de las ciudades frente al campo. La conclusión es que se requieren hipótesis de trabajo mucho más refinadas que den cuenta de manera más precisa de una creciente “hibridización” de la

ecuación campo-ciudad, los referentes de uno y otro. Enfoques distintos, refinamientos analíticos para percibir de una mejor manera la situación actual y sus perspectivas.

Desde hace algún tiempo el análisis de los problemas del área rural se ha tenido que tamizar en virtud de la enorme mezcla producida entre las formas de vida urbana y la rural, originada sobre todo, aunque no sólo, en los renglones ocupaciones y la consiguiente diversificación de los ingresos primero y las formas de vida después. Esto dista mucho de ser una cuestión de tipificación y de adaptación en los métodos de medición. Como puede percibirse se trata de una cuestión de atracción y/o repulsión campo-ciudad. De un lado destacan las insuficiencias de todo tipo de parte del sector rural para proporcionar ocupación plenamente remunerada a una parte más o menos significativa de los trabajadores del campo. De la otra se encuentran las carencias de los sectores ciudadanos para proveer, igualmente, labores adecuadas para absorber en la estructura urbana la mano de obra proveniente del medio rural. En todo caso, las estadísticas siguen marcando incrementos constantes del sector urbano que si bien no incide en la disminución absoluta de pobladores del campo, sí registra como se eleva constantemente.

Desigualdad.

El tópico más general de esta disertación reside en especular cómo un trayecto eventual del país en los próximos 30 años puede ser cubierto con mayor o menor solvencia tomando en consideración los distintos mecanismos económicos-financieros y realidades institucionales, pero también teniendo como elementos focales. Los ahora vigentes cotas e hitos marcados por los recursos naturales de conformidad con tendencias avisorables de manera razonable y a resguardo de imponderables. Debemos insistir en una definición nodal: México, al igual que el resto del mundo, ha logrado la construcción de la nación con cargo a sus recursos naturales sin parar en ningún momento en las mermas, degradaciones o francas pérdidas, algunas de ellas irreversibles que irán irremediablemente a cargo de las futuras generaciones. Planteamos de este modo la realidad cruda de la insustentabilidad en sus expresiones más rotundas.

En el contexto de una economía globalizada en su versión de un cambio radical operado en el ámbito de la economía internacional propiciada por cambios muy acelerados en los campos de la tecnología, particularmente de las tecnologías de la información y la

comunicación, cabe preguntarse si es factible responder en positivo a la vigencia del desarrollo endógeno y, amén de ello, que sea sustentable. Se trata de un binomio de manejo sumamente problemático, pero el propósito de caracterizar nuestros empeños para vertebrar un futuro menos ominoso resulta loable. El problema reside básicamente en encontrar los intersecciones indispensables para encontrar vías de expresión y, sobre todo, cristalización de propósitos.

Entre las expresiones más notoriamente destacadas se encuentra otro de los problemas mundiales más acusados a nivel mundial: el de la desigualdad. En realidad es la otra punta de la mancuerna maligna; la primera de ella es el *slum*, designación que requiere una buena definición de “hiperurbanismo”, la pandemia demográfica de los países pobres, el llamado “mundo en desarrollo”. Pero la inequidad, desigualdad como la nombra la ONU en su informe *The Inequality Predicament* sobre la situación social mundial en 2005, actual es mayor que diez años antes, en 1995. Sentencia breve pero sólida de lo que ha ocurrido en la economía mundial bajo la férula de la globalización. En el Resumen Ejecutivo del Informe José Antonio Ocampo, Subsecretario General a cargo del Departamento de Asuntos Económicos y Sociales, acota “como claramente lo señaló en 1995 la Cumbre Mundial para el Desarrollo Social de Copenhague, y avalada por la Declaratoria de las Naciones Unidas del Milenio.” Ocampo en apoyo a su señalamiento central indica “ochenta por ciento del ingreso nacional del mundo es detentado por mil millones de habitantes de los países desarrollados, el resto, 20 por ciento está dividido entre los 5,000 millones de los países en desarrollo.” El saldo de esta brutal inequidad y, sobre todo, la aparentemente inexorable tendencia polarizadora expresa de manera que la necesidad de corregir las diferencias entre los ricos y los pobres, no ha tenido la fuerza suficiente, a pesar de ser un objetivo prioritario, desnuda la futilidad de los planteamientos y esfuerzos, incluso de la ONU, para paliar siquiera este altamente preocupante asimetría entre los relativamente pocos pudientes extremadamente opulentos y las inmensas muchedumbres de desposeídos, desarraigados del agro y asentados en los entornos de las antiguas ciudades o creando nuevas, pero que de ninguna manera forman parte, diríase orgánica, de una vida ciudadana identificable. Un fenómeno, sin duda novedoso que aún cuando su designación en inglés como *slum* ayuda a identificarlo no resulta en nada satisfactorio, sobre todo en idioma español.

Un acotamiento. Como es habitual en los documentos generados por la ONU al cuidado en la elaboración de la información y los análisis sigue un uso del lenguaje, igualmente medido. No obstante el Informe, amén de expresar la polarización creciente entre ricos y pobres, sin

dejar de citar de paso que esto se dio en un perdidoso de crecimiento sin precedentes y elevación en los niveles de vida, se entiende que en los países desarrollados, al tiempo que una parte fundamental de la ecuación de nuestro tiempo, la diseminación de la pobreza y la inequidad o desigualdad. Todo esto es reiteración, pero también se encuentran los cautos llamados de alarma a no ignorar la desigualdad: es peligroso. Toda vez que tanto la riqueza como su contrario implican una inercia de traslación generacional en todos los planos imaginables, en lo económico, político y social, se percibe una persistencia, una suerte de núcleo duro que obviamente se constituye en obstáculo para el cumplimiento de las Metas del Milenio de la ONU. Todo lo anterior significan inequidades o francas ausencias, así como simples deficiencias, en salud, educación, vivienda y todas las trascendencias políticas que son de suponer. La conclusión es obvia: “las políticas y programas de reducción de la pobreza incluyen las estrategias socio-económicas para reducir la inequidad” Ocampo, *op. cit.*

Lo que es útil destacar en esta parte es que, efectivamente, no puede ignorarse así, sin más, el problema de la desigualdad. De hecho, forma parte de la triada completada por la pobreza y el gran problema mundial de los recursos naturales y en general, la necesidad de perfilar un *new deal* del género humano con su biosfera. Esto no solo porque lo plantea la ONU, sino porque cualquier mundo posible que podamos imaginar debe incluir estas cuestiones.

En la exposición anterior es necesario notar el problema de la sustentabilidad; general en principio pero, más en concreto, a una preocupación relacionada con el dimensionamiento de la desigualdad, tema de temas, que irremediablemente asume una multidimensionalidad social y política muy relevante. En otras palabras, desde casi cualquier ángulo analítico resulta incuestionable que ante las siempre presentes “brechas” e la inequidad, su persistencia y, hoy por hoy, convertida en abismos que establecen diferencias abisales a escala internacional, pero también en lo nacional no resulta factible suponer que la mera inercia que, por otra parte, va en la dirección opuesta, solucione por sí misma la cuestión. Reiteramos, en la óptica de la sustentabilidad se trata de algo claramente “insustentable”

Foladori, en Foladori y Tommasino (2005), plantea el problema a partir de de suponer la doble dimensión de la sustentabilidad: técnica y social. La verdad es que siempre ha sido así, pero esta dicotomía resulta útil para ilustrar el punto. La sustentabilidad es siempre un vínculo entre la relación del hombre con la naturaleza, o sea social. La idea central es acotar

que una desigualdad rampante y, para colmo, en tendencia creciente nos enfrenta, y tal es el caso de México, es insostenible y no requerimos ir al largo plazo para afirmarlo. En otras palabras, aunque la sustentabilidad o su signo contrario pueden y deben ser visualizadas como brechas técnicas y físicas: en fin, ecológicas. El sustrato en el que se apoyan y pueden identificarse es en lo social. En última instancia, la sustentabilidad será social o no será. Esta idea, es expresada en la necesidad de asentar la sustentabilidad a partir de un enfoque basado en las relaciones sociales. Más tarde remacha que “las causas de la insustentabilidad no son técnicas, sino que están en las raíces de las relaciones sociales capitalistas”. Como bien puede observarse, en virtud de que la sustentabilidad no cuestiona al capitalismo, su acotamiento es muy preciso y así la validez de este principio tiene que ser relativizada.

Las asimetrías en las velocidades de la evolución humana.

Paul R. Ehrlich (2005) ha señalado: “En muchos casos me enfocaré, explícita o implícitamente en los desequilibrios en las velocidades de la evolución humana. Uno de esos desequilibrios involucra a los diferentes ritmos de la evolución biológica y cultural. La increíble rapidez con la cual la evolución cultural ha alterado el medio humano, especialmente en los dos siglos pasado, no ha permitido el suficiente tiempo en la evolución biológica para hacer cambios que pudieran adaptarnos genéticamente a las nuevas condiciones. Otro caso involucra desequilibrios en las velocidades de la evolución cultural en las áreas de tecnologías y de valores, ética y organización social. La creciente habilidad humana para hacer cosas ha sobrepasado la evolución de nuestra habilidad para comprender que debemos hacer con esas cosas y las implicaciones cabales de lo que estamos haciendo ahora.”

De acuerdo con la tesis de Ehrlich, desarrolladas en su amplio texto sobre las naturalezas humanas, plantea “los desequilibrios en las velocidades de la evolución humana”, en específico los concernientes a la evolución biológica y cultural. Al acotar esta parte del pensamiento de Ehrlich, es útil referirse a los “desequilibrios” que se encuentran presentes en los vínculos del ser humano como especie y la biosfera de la que, al mismo tiempo, somos parte. Esto último no es parte del análisis de este autor aunque su obra incluye reflexiones de esta temática pero, tratándose de desequilibrios no está por demás señalar

que las asimetrías existentes entre el hombre y el medio son parte del conjunto de desequilibrios, en la expresión de Ehrlich, que han forjado las diferentes “naturalezas humanas” que en la multitud de interacciones con la naturaleza la han deteriorado en algunos casos de manera irreversible y colocado en predicamento, de ninguna manera saldado y en progresión, a pesar de todos las prevenciones e, incluso, providencias nacionales e internacionales para remediarlo.

Lo que resulta útil deshilar de la tupida malla del pensamiento de Ehrlich es su reflexión sobre el desequilibrio entre la irreductible evolución biológica y la “evolución cultural en las áreas de tecnología y de valores, ética y organización social.” Se trata de una diferencia “de velocidades” que no resulta factible ya no empatar, ni siquiera abreviar. Se trata de un anudamiento que subyace en la naturaleza de las cosas. Por ello es útil, no sólo establecer el paralelismo con la argumentación de Ehrlich, también recobrar y ampliar nuestra argumentación sobre las tres asimetrías: la demográfica, la tecnológica y la geológica que, aunque parecidas a la biológica, establecen diferencias con ella debido a que conciernen a una parte de nuestro entorno, como el mundo mineral, que ha dejado de ser algo vivo, pero que es fundamental para la persistencia de nuestra especie sobre el planeta.

Lo biológico, antes mencionado, se refiere a semejanza de las razones de Ehrlich, a la imposibilidad de “equilibrar” nuestro peso demográfico y tecnológico con el ritmo vital de la flora, la fauna y lo que es seguramente más importante, evitar el deterioro o franca destrucción de las cadenas tróficas y hábitats de cuyo funcionamiento y delicadeza ignoramos y, por tanto, despreciamos casi todo.

Acompasado con todo lo anterior es necesario reflexionar sobre las casi increíbles presiones sistémicas impuestas por el funcionamiento del capitalismo. Es importante destacar que no sólo se trata de peso demográfico ampliado exponencialmente por la multiplicación de los seres humanos, la creación de megalópolis demandantes de cantidades masivas de bienes y servicios una buena parte de los cuales se adicionan a los tradicionales. O sea, dentro del esquema se debe considerar a las demandas de los núcleos urbanos como meramente natos, más allá del peso aritmético que las cifras señalan. Es necesario cualificar de mejor manera este fenómeno para dotarse de la capacidad analítica idónea para sopesar adecuadamente este peso. En lo que concierne a la técnica, una vez que se reconocen los cambios operados al potenciarse las fuerzas del hombre para actuar sobre la naturaleza,

cabe agregar que esto no puede entenderse sino como parte indisoluble de las fuerzas sociales que, a manera de catapulta, dotan a la técnica del impulso fundamental. O sea, requerimos bucear en las entrañas del sistema capitalista para entender como la demografía y la tecnología se convierten en las fuerzas más destructivas desatadas por el hombre en contra de la naturaleza. En otras palabras, para cualquier evento, se requiere reflexionar acerca e la economía política de las relaciones del género humano con su biosfera.

Tanto en el planteamiento de los desequilibrios de Ehrlich como en el de las tres asimetrías, se pueden identificar de manera clara y de alguna manera convincente el meollo de la cuestión, si es que convenimos en ello. Pero esto, en todo caso, además de la posibilidad de ahondar y ampliar en estas ideas, plantea poco más allá de la identificación de los problemas ya que, amén del diagnóstico, no se avanza mucho más allá. Por esta razón resulta necesariamente aventurar algunas hipótesis en el propósito de dar pasos adelante en la reflexión. Para ello, el propósito es el de tratar de abandonar el ámbito descriptivo para incidir en un plano analítico que resulta muy necesario aunque los saldos no sean, por ahora, lo suficientemente fructíferos. En estas condiciones es importante fijar un primer hito: el problema se plantea como la necesidad que hoy confronta el ser humano en corregir a fondo su vínculo con los llamados recursos naturales y con ello, acometer una revalorización, que lleve al combate y solución de la multitud de problemas generales y particulares del llamado medio ambiente. En principio es importante puntualizar que la naturaleza de estos problemas han dejado, de lejos, de ser cuestiones de información y/o comprensión, aunque su evaluación particularmente en cuanto a lo más o menos inmediato de su pertinencia sea motivo de amplia discrepancia. En otras palabras, el problema debe situarse claramente como un resultado neto pero, lamentablemente, todavía inconcluso del desastre provocado por las pautas del desarrollo planteadas en, escasamente, dos siglos. En pocas palabras, el capitalismo de manera preponderante, pero no sólo. Así, los setenta años del sistema soviético y las pautas de la República Popular China antes y, sobre todo, ahora han recorrido y recorren ahora mismo una senda desastrosa por la magnitud de los saldos de insustentabilidad que, en todos los aspectos, resultad en su contra.

El propósito reside en examinar estos problemas en específico bajo la óptica de considerarlos como resultados de una dinámica de acumulación que no puede menos que plantearse suicida. Pero esto debe ser analizado parte a parte, con el objetivo de construir un modelo analítico que resulte inteligible.

Bibliografía.

CARABIAS LILLO, Julia y TUDELA ABAD, Fernando (1999) "El cambio climático: el problema ambiental del próximo siglo" en *Desarrollo sustentable*, Año 1, Vol. 1, Núm. 9, diciembre. México.

Centro Interdisciplinario de Biodiversidad y Ambiente (CEIBA) (2006) *Sustentabilidad ambiental del desarrollo*. Ediciones CEIBA. México.

Comisión Intersecretarial de Cambio Climático (2007) *MÉXICO. Estrategia Nacional de Cambio Climático*. México.

DAVIS, Mike (2004) "The urban climateric" en *New Left Review* no. 26, marzo-abril. Nueva York.

EHRlich, Paul R. (2005) *Naturalezas humanas. Genes, cultura y la perspectiva humana*. FCE. México.

FOLADORI, Guillermo y PERRI, Naina (coords.) (1999) *¿Sustentabilidad? Desacuerdos sobre el desarrollo sustentable*. Universidad Autónoma de Zacatecas, Miguel Ángel Porrúa, Cámara de Diputados. México.

LUTZ, Wolfgang (1998) "Población" en *Nacional Geographic*, octubre. México.

NAREDO, José Manuel (2006) *Raíces económicas del deterioro ecológico y social*. Siglo XXI. México.

SEMARNAP (1999) *Escenarios económicos de largo plazo y efectos sobre la utilización de recursos naturales*. SEMARNAP-PNUD. México.

SEMARNAP (2000) *La gestión ambiental en México, 1994-2000*. SEMARNAP. México.